

**SANTIAGO
RUSIÑOL**



Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques

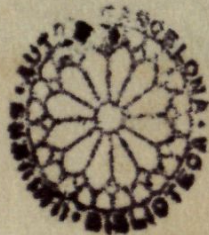
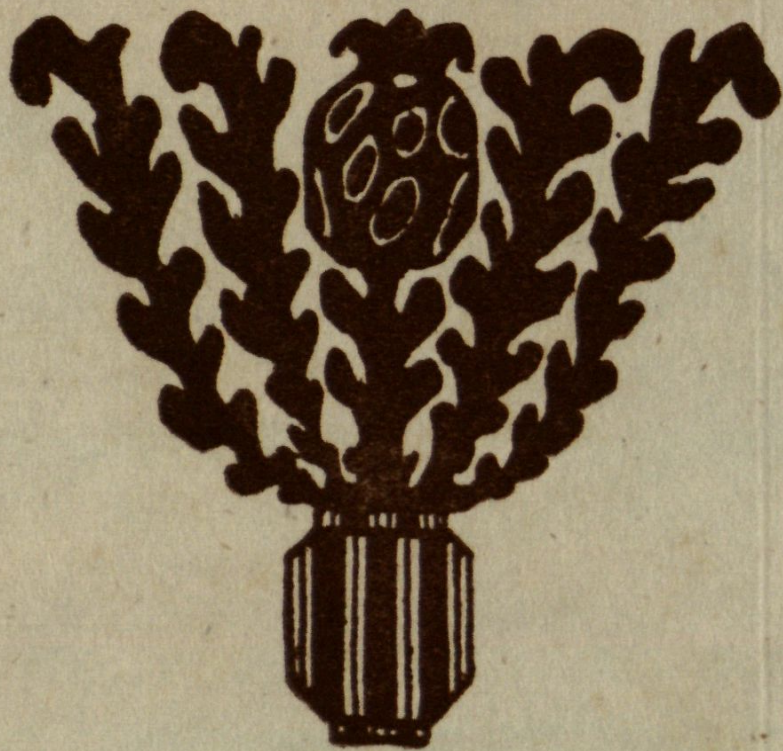


1500449992



E S T R E L L A

SANTIAGO RUSIÑOL

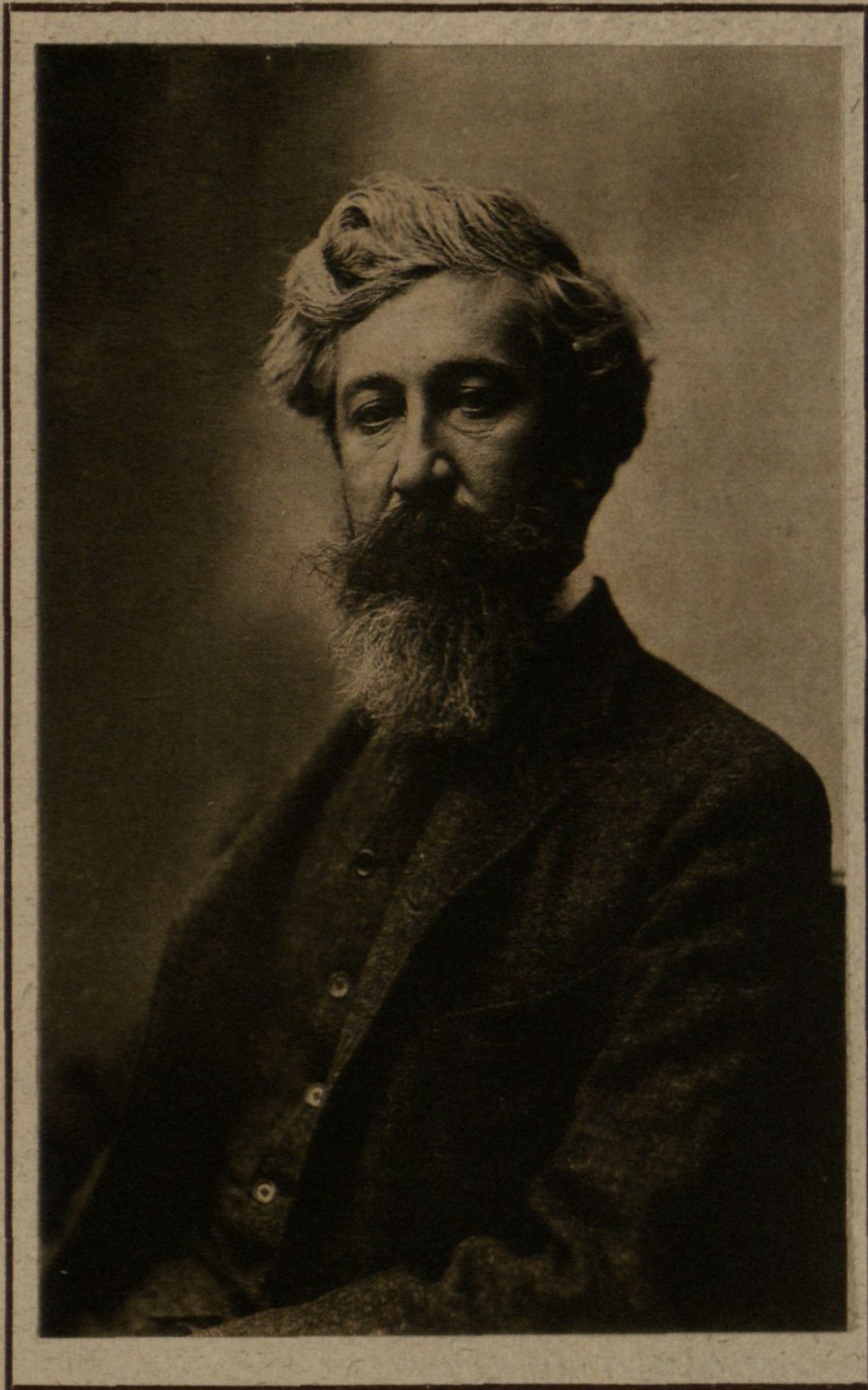


R.17.249

SANTAGO
RUSINOL



TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28-MADRID



SANTIAGO RUSIÑOL

SANTIAGO RUSIÑOL Y EL ENCANTO ENTRAÑABLE DE SUS JARDINES

EL jardinero nómada, y los jardines quietos. El alma, viajera; el cuerpo, infatigable; el espíritu, en constante movilidad; el ingenio, eminentemente ciudadano y noctámbulo; la sal de la vida en el corazón mismo de París... y con todo eso, el fruto supremo de la vida — es decir, la obra de arte —, en los más callados, vetustos, serenos, casi moribundos rincones de España.

Rusiñol es el hombre de las grandes ciudades, de las luces eléctricas, de los cafés hormigueantes, ruidosos y ahumados; el hombre del tabaco, del ajenjo, de la conversación y de la media noche... que casi siempre llega hasta la madrugada; y el encanto de su obra pictórica está hecho, precisamente, de paz y de aire puro, de serenidad entre calladas frondas.

Este poeta, enamorado impenitente del nocturno París de Montmartre, es el pintor maestro de esos laberintos de

S a n t i a g o R u s i ñ o l

mirto y arrayán que aún guardan en España el secreto de la pereza mora, de esos contempladores cipreses mediterráneos, de esas aguas dormidas en los estanques de los jardines viejos. Esto, dicho sencillamente y sin comentario, parece indicar una contradicción y sugerir la idea de que hay en Rusiñol dos almas y dos vidas: una, la ruidosa, bohemia y noctámbula, acaso artificial y desequilibrada; otra, la silenciosa y productora, la que responde al llamamiento íntimo, serena como una oración, un poco expiatoria del frívolo pecado de amor a la artificialidad ciudadana. Con este elemento de «la contradicción» por base, bien pudiera hacerse un estudio de tremendo interés psicológico, con su granito de «tragedia íntima» y su quintaesenciado «conflicto espiritual»; y, trasladando el sutil tormento del alma del pintor «partida en dos», a su obra, bien pudiera explicarse el por qué estos jardines quietos, que tan maravillosamente pinta, llevan en su misma serenidad un tormento escondido, esa ansiedad que se comunica inevitablemente al alma del contemplador, ese algo como ensueño de un sueño que no llegó a cuajarse, como emoción deshecha en el instante mismo de pasar desde la sensación a la conciencia. Si; de este modo se explicaría, acaso luminosamente, el encanto extraño, mágico, aluci-

S a n t i a g o R u s i ñ o l

nante, de esta pintura que logra producir emoción sobrehumana, prescindiendo deliberadamente de todo elemento de humanidad.

Pero, ¡ay de nosotros! Esta explicación curiosa, luminosa, sutil y verosímil, tendría el ligero inconveniente de ser absolutamente embustera; dejémosla, por consiguiente, para los críticos de dentro de tres siglos, que no estarán obligados a saber la verdad, y mucho menos a ajustarse a ella con honradez contemporánea, y digamos con toda sencillez: No hay hombre más equilibradamente humano que este desconcertante e inquietante artista. No hay espíritu más sereno y libre de la tortura del conflicto, más absolutamente «uno consigo mismo». Pocas veces se habrá encontrado alma mejor avenida con la carne que le cupo en suerte, y pocas también un alma y una carne unidas en la maravillosa combinación que hace de ellas un ser humano, se habrán sentido instaladas tan a su placer en la tierra que el orden del Universo les asignó por morada. Santiago Rusiñol lleva más de medio siglo viviendo en plena y gloriosa conformidad con su destino, y éste, acaso, es el secreto de su arte. Es él un ejemplar modelo de la especie humana, y todas sus «manifestaciones» son igualmente naturales y libres de tortura. De cuanto la vida le

S a n t i a g o R u s i ñ o l

ofrece, goza con la misma espontaneidad, porque — estoy seguro — tan plenamente normal le parece el colorete en las mejillas de una deliciosa chiquilla parisién, como el carmín de un pétalo de rosa. No le estorban barreras ni clasificaciones para el goce de la belleza, de la exquisitez, de la perfección triunfante o de la graciosa imperfección, dondequiera que las encuentre. No tiene prejuicios ni cree en escuelas; no hay convencionalismo al que conceda la beligerancia de limitar el horizonte libre de su admiración o de su fantasía. Lo único que aborrece cordialmente — puesto que es cordial hasta en la abominación — es la «pose», la mentira, la afectación en cualquiera de sus manifestaciones. Cree en sí mismo y en cuanto le rodea; goza del presente en la contemplación; del pasado, en el recuerdo; de lo que está por venir, en la imaginación. Va siempre con los ojos abiertos, dispuesto a ver, sin pararse a mirar deliberadamente desde ningún «punto de vista» preconcebido. Y como mira con buena fe absoluta, encuentra natural, sencilla, inevitablemente, el secreto detrás de la apariencia, el misterio de la esencia escondido en la forma.

He pasado con él muchas horas, entre mucha gente: su regocijado y comprensivo mirar dejaba traslucir el goce intelectual de una expectación siempre alerta, siempre com-

S a n t i a g o R u s i ñ o l

placida, siempre piadosa y generosamente irónica: no hay bondad que le sorprenda por inesperada, ni maldad que por inesperada le indigne. Parece siempre estar en el secreto... Y no con superioridad de dómine o maestro, sino con una especie de compañerismo imparcial, como si su entendimiento fuese un eco inteligente.

He pasado también muchas horas viéndole pintar: la misma sonrisa de atención iluminada, frente a los árboles, que frente a los hombres: aquí sus ojos, como allí sus oídos, espejos conscientes y escrutadores; la misma curiosidad insaciable, mas una luz en la frente de inenarrable felicidad. Este tormento de la creación en él parece únicamente gloria, florecimiento, función normal. Diríase que la mano que sostiene el pincel está en comunicación, que casi es arraigo, con las fuerzas ocultas de la naturaleza; es verdaderamente hermoso de mirar, como árbol fuerte, como bien asentada colina, como mar sereno. De plata el cabello, de plata la barba fuerte, rodeado de frondas, envuelto en ellas... la hoja que cae de aquel laurel o de aquel mirto se enreda en sus cabellos y le corona paganamente, como a un inmortal; todo el jardín, todo el paisaje, le cuenta sus secretos. No he visto, no he podido jamás imaginar compenetración más absoluta y eficaz. La tierra reclama por

S a n t i a g o R u s i ñ o l

suyo y envuelve como suyo, anulándole a un tiempo y exaltándole, a aquel hombre que la está «retratando». Y el ciprés le dice el misterio de su alma absorta y contemplativa, y el sauce le explica entrañablemente por qué se estremece el agua del estanque al contacto incorpóreo de su sombra.

Y no necesita por esto, el pintor brujo, hacer intervenir en su arte elementos personales para emocionar entrañablemente: su emoción es la emoción misma de la tierra..., y todos estamos hechos de barro. Su poder de sugestión tiene razones cósmicas más hondas que la misma raíz pasional, porque son anteriores a ella. No hay que olvidar que el primer hombre, según teologías y mitologías, al salir de las manos del Creador, ya formado y perfecto, fué tierra un instante, únicamente tierra, antes de recibir el soplo animador del espíritu... y estuvo yacente en la tierra, formado de ella, sacado de ella, esperando a su alma... Por eso, cuando suena la voz de la tierra, la oye con una entraña aún más entraña; es decir, más íntima e interior que cuando suena la voz misma de la carne hermana y semejante. Por eso, al sentir la punzada del dolor, o en el cuerpo o en el alma, el hombre inevitablemente se acoge a la tierra, en ella se tiende, en ella reposa... En la extrema miseria, en la agonía insoportable, a la tierra va el

S a n t i a g o R u s i ñ o l

cuerpo, desplomándose con atracción incoercible: allí está su descanso, porque allí está su origen.

Estos jardines vetustos que Rusiñol elige como tema preferente para su inspiración, están precisamente despojándose, a fuerza de vejez y de abandono, de su elemento humano, la premeditación del hombre que los trazó, para volver a unirse con la tierra madre. Las arquitecturas se derrumban, las esculturas se desmoronan, el ciprés se carcome en las glorietas, el agua se evapora en los estanques o se filtra a través de las grietas de las tazas. Silenciosamente, la naturaleza vuelve a apoderarse de lo que es suyo... Hay un tenaz proceso dramático, que parece muerte, y en realidad es triunfo; los jardines se extinguen ahogados por la vida que no muere, o, mejor dicho, se tienden al morir, acogiéndose al regazo de la madre tierra y envolviéndose en su manto piadoso...

Ved ahora con qué gozosa humildad ha trasladado al lienzo este contemplador la tragedia consoladora. (Todas las tragedias verdaderamente dignas de este nombre tienen — bien lo sabéis — por efecto y virtud aquietar el alma de quien las contempla.) Ésta, prodigiosamente eternizada en el lienzo, serena y encalma al que humildemente la mira, en fuerza de piadosa emoción.

S a n t i a g o R u s i ñ o l

Mirad los cuadros del pintor-poeta. No veis en ellos, seguramente, «intención», «afectación», «lección», ni «pretensión». Veis sinceridad. Mucho se ha dicho literaria y hasta literatescamente de su crepúsculo, de su aire violeta, de su melancolia. Se ha hecho, de este modo, a la pintura de Santiago Rusiñol una reputación un poco decadente. Yo no lo creo así. Fuera de toda técnica, que no puedo ni quiero juzgar, porque no es el pintar mi oficio, y estoy convencido de que el único crítico aceptable para un arte es el maestro y dominador absoluto de ese mismo arte, fuera de toda técnica, no me avengo a encontrar en ellos decadentismo de ninguna clase. Sutileza, sí, pero penetrante y leal, aguda como acero y flexible a fuerza de buen temple. Se nos entra en el alma, cierto es, sin sacudidas ni violencias, sin duda como entró el alma en la carne para hacernos hombres, como amanece sobre la sierra o se hunde el sol, en el mar, al ponerse... pero, ¿por ventura es la violencia la mejor señal de la vida fuerte? No: la convulsión casi siempre es indicio de disolución próxima. La vida plena es serenidad.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.

LOS JARDINES DE ESPAÑA

A SANTIAGO RUSIÑOL

I

Lo hiciste bien, buen hijo: lánguidamente triste
junto a la madre muerta tu ofrenda deposiste,
besaste con tu espíritu su sepulcro de piedra
y le hiciste ornamento de cipreses y yedra.

Lo hiciste bien: tú, ansioso de una patria grandiosa,
buscador de una tierra soñadora y gloriosa,
lo hiciste bien: debajo de la luz que los baña,
tus «Jardines de España» son la vejez de España. . .

S a n t i a g o R u s i ñ o l

II

Silenciosos caminos, soñolientas arcadas,
inmóviles estanques y ventanas cerradas:
nada vive entre medio de la intensa verdura —
para tus cuadros tristes no queda una figura.

No queda una figura de las muchas que un día
prendieron como flores sus risas de alegría
en los ufanos árboles, buscando las arcadas
y huyendo en los kioscos de importunas miradas. . .

Damiselas prendidas de vaporosos trajes
y lechuguinos dándose aire de personajes;
condesas de una rancia vejez; grandes de España
encorvados al peso de una estupenda hazaña. . .

Todo aquel mundo viejo, solitarios jardines,
que, bulliciosamente, llenó vuestros confines,
ha desaparecido sin darnos descendencia.
— ¡Oh, abominados padres que no dejáis herencia! . . .

S a n t i a g o R u s i ñ o l

Con lágrimas discretas, sin ira, humildemente,
sobre vuestros sepulcros inclinamos la frente:
perdonadnos, empero, si a pesar nuestro, un día
turbamos, con reproches, vuestra quietud sombría.

¿Por qué dilapidasteis neciamente el tesoro
que llegó a vuestras manos? Nietos de un siglo de oro:
¿por qué heredar hogueras y dejarnos ceniza?
— Hoy vuestra vida estéril la nuestra esteriliza.

Dormid, dormid en paz en vuestros mausoleos,
estirpe de gigantes y padres de pigmeos.
Dormid, dormid en paz sin despertar de nuevo.
Fervorosa os lo pide mi lengua de mancebo — .

Yo arrojara coronas de perfumadas flores
sobre vuestros sepulcros, mis odiados mayores;
gozo cuidando bien vuestra tumba dormida
¡oh padres! cuya muerte garantiza mi vida. . .

S a n t i a g o R u s i ñ o l

III

Lo hiciste bien, poeta de humanidades nuevas
que el fuego de los dioses sobre los hombros llevas;
ofreciste a los ojos de todos tus hermanos
el cementerio verde de sus padres ancianos.

Esto es algo que ha muerto y que está ya enterrado:
decidle una oración si pasáis por su lado;
pero llenos de amor a la vida, mancebos,
¡sobre una nueva España sembrad jardines nuevos!

EDUARDO MARQUINA.

Barcelona - 1900.

O P I N I O N E S

EN *l'Art Nouveau*, treinta y dos estudios que resumen la monotonía grandiosa y la quietud cuajada de los jardines regioes de España; y está pintado con una claridad que da a las siluetas sorprendidas precisión de recortes. Rincones, soledades soleadas y verdes, senderos y recodos bordeados de arrayán tallado en cubos y en conos, de una dureza de metal bajo los cielos crudos cuyo azul arde; con técnica brutal, Santiago Rusiñol nos muestra la *Glorieta* de Aranjuez o el *Jardín dorado* de Granada; es, en verdad, la atmósfera transparente y divinamente clara de España, la que subraya y recorta los contornos del verdor y la tierra de sus cuadros. . .

.....
La «manera» de Rusiñol puede compararse con la de Montenard, pero su obra, inferior como técnica, es mucho

S a n t i a g o R u s i ñ o l

más impresionante. Se desprende de ella otra melancolía, la melancolía de soledad y de tristeza opresora de las monarquías decrepitas, una tristeza adormilada de los parques reales, inmovilizados en el silencio, como embalsamados en calor y abandono. Versalles españoles, marcados por esta especie de muerte que parece haber caído, en los países de raza latina, sobre toda la obra de los Borbones: Borbones de Francia, Borbones de España, dinastías cuyo sudario se arrastra y pesa en las alamedas rectas de Aranjuez como en los boscajes de Trianon.

.....

JEAN LORRAIN.

*E*L *jardí abandonat* es la obra más bella que la tristeza de Santiago Rusiñol ha producido. La tristeza parece ser el resorte estético de nuestro poeta-pintor: el humorismo, *la blague*, tan característica de su personalidad en muchas de sus obras, se nos figura simple distensión de unos nervios que han vibrado demasiado en la belleza de las cosas tristes; y el sentimentalismo enfermizo de que tan-

S a n t i a g o R u s i ñ o l

tas veces, su pluma o su pincel, las ha revestido, nos aparece como algo incompleto, como una vacilación, como un andar a tientas del artista y de su asunto predestinado que se buscan en las misteriosas obscuridades de la creación artística. En esta busca acongojada caben las sensiblerías deprimentes y los profundos hastíos superficialmente burlescos; y tales burlas y congojas tienen para el público el atractivo de una patología artística.

Hay en el *Orfeo* una escena en la que el esposo, desolado por la muerte de la esposa, va a recobrarla por los maravillosos reinos de más allá de la tumba, y después de haber dominado las furias infernales con la fuerza musical de su lira, vaga encantado por los bosques del Eliseo en busca de la sombra beata que fué su consorte: muchas encuentra en su camino y va abrazando a cada una para reconocer a Eurídice en el usado abrazo. ¡Cuánta esperanza a cada encuentro! ¡Cuánto anhelo en cada abrazo! ¡Cuánto desencanto cada vez que los brazos no se reconocen al enlazarse! ¡Y al fin se encuentran y se estrechan y vuelven al mundo, mientras el Eliseo estalla en cantos!

Así el artista en busca de su realidad, que es como su mística esposa. ¡Cuántos anhelos y esperanzas y vanas efusiones y desencantos antes de encontrarla! Pero cuando al

S a n t i a g o R u s i ñ o l

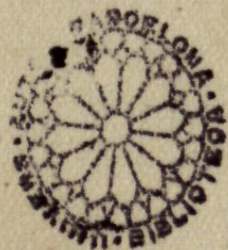
fin en el abrazo supremo la reconoce y la vuelve al mundo, aparece la obra verdadera, la personal, firme, equilibrada, serena y alegre aunque sea triste, porque es bella.

Nosotros creemos que ahora Santiago Rusiñol y su realidad se han encontrado de lleno, y en la madurez de su fuerza se han abrazado y de este abrazo ha surgido la obra personal definitiva, la bella. El ciclo de cuadros *Jardines de España*, que su pincel ha iluminado, y el poema escénico *El jardí abandonat*, no son cosas distintas en el fondo: son la creación personal y una del pintor-poeta.

.....

J. MARAGALL.

LOS libros de Rusiñol, como los cuadros, todos respiran tristeza. En ellos hay una sugestiva expresión, aunque distinta en ambos géneros; en sus *Oracions* la tristeza campea por completo, como en sus *Fulls de la vida*. La poesía en sus escritos es profunda y tierna, pero lánguida y triste; y en su pintura pasa bastante de lo mismo. No hay más que ver sus *Jardines de España*.



S a n t i a g o R u s i ñ o l

Aquellos jardines son todos artificiales, recortados, en que la naturaleza se halla cohibida, ya sean de la Granja, del Escorial o de Andalucía. Muchos son Jardines abandonados; parecen los vergeles muertos de la España negra; pertenecen a una nación que fué grande, pero que hoy está en la más profunda de las decadencias. Son jardines fin de raza; pero Rusiñol, con su temperamento, con su genio, evoca su poesía y nos los presenta palpitantes sobre sus telas. La melancolía que inspiran sabe hacérsela simpática y hasta compadecer dulcemente a los pueblos casi muertos que tales jardines tienen.

Es muy curioso el fenómeno que presenta la personalidad de Santiago. Tiene la melancolía, la tristeza de los pesimistas, y ésta tiñe todo lo que crea de un color sombrío. Su nota favorita diríase que es el violado, color que ya se sale de la luz. Sus tendencias son al reposo, a la tranquilidad vecina de la muerte, a la soledad, a la concentración; y, no obstante, trabaja y produce activamente, para expresar esas cualidades negativas que hay en su temperamento y que debieran conducirle lógicamente a la no producción. De Rusiñol, como de Maeterlinck y de otros escépticos de la vida, podría decirse que son duales, que en sí contienen dos individuos: el yo orgánico decadente, que

S a n t i a g o R u s i ñ o l

tiende a extinguirse y que no sólo no se opone a ello, sino que en ello halla placer; y el yo activo, fecundo, que tiende a producir, a desdoblarse, a embellecer y a propagar.

.....

POMPEYO GENER.

DICE el sabio que hay hombres que contemplan la vida como una maravilla, otros que hablan de ella como de una maravilla o que oyen hablar de ella como de una maravilla, y que cuando todos han contemplado, hablado y escuchado, aun nadie la comprende.

— Es porque la vida es misterio, y el misterio puede ser pocas veces sentido, pero nunca explicado.

Hay algunos elegidos cuya vista pasa los límites de las cosas ordinarias, que ven el muy adentro de todo, que contemplan vivas las cosas inanimadas y que escuchan música allí donde los demás sólo encuentran ruido. — Para ellos dentro del Universo todo es orden y claridad, la muerte no existe más que como accidente de la Vida, y el dolor les deja gozosos. — Son éstos los que están dotados

S a n t i a g o R u s i ñ o l

del sentido de armonía, mas dentro de su número, hay algunos que no pueden exteriorizar lo que contemplan, y son como mudos llenos de secretos. Unos cuantos, animados de vida, llegan, por medios distintos, a la expresión de su gozo (a veces inconsciente) y a hacernos vibrar (como un reflejo) de emoción semejante a la que ellos sintieran. Los hay que llegan a este fin por medio de la música, otros por medio de las formas plásticas, y otros por las imágenes de su visión, que es nuestro sueño.

Rusiñol es de estos últimos. Tal vez sin enterarse, ha visto surgir la risa o las lágrimas de las cosas, y hondamente conmovido, con un lenguaje tierno y sencillo, como de muchachuelo, nos ha hecho vivir un instante dentro de lo que él siente. Lo que él siente, es el hablar de los lugares en que el hombre ha querido ordenar la naturaleza para hacer de ella una decoración que encuadre su vida, y la obra de Dios con la obra del hombre juntas en una y reproducidas y expresadas en otra por Rusiñol, nos da una impresión más intensa y humana que si fuesen humanos los seres representados en la serie de treinta y tantos lienzos que forman los *Jardines de España*.

El conjunto de esta obra nos hace sentir casi todo lo que el corazón humano puede vivir de belleza y de amor.

S a n t i a g o R u s i ñ o l

Delante de algunos rincones de Sitjes, se ama la vida humilde; en otras reproducciones (siempre a través de sus ojos) de viejos palacios de sueño encuadrados en flores, nos sentimos dentro de una página de leyenda apasionada; algunos son austeros, lugar adecuado para una vida honda; otros están hablando de ardor y ternura, haciendo comprender que el respirar su aire *animaría* como vino nuevo. Por sobre todos ellos, se siente que el tiempo ha pasado alejándonos de la vida que hacen desear; y por eso, tal vez, hasta el más soleado de todos, deja un sentimiento de serena tristeza.

.....

J. M. SERT.

EL encanto de estos cuadros (con estar muchos de ellos dibujados soberbiamente y pintados con una espontaneidad elemental e insuperable) es ultra-pictórico. Se funda en el poder de evocación y de misterio que en ellos flota, difuso y tenue. Se funda en la emoción que provocan o comunican. Más que traslados fieles de la natura-

S a n t i a g o R u s i ñ o l

leza «inerte», son estados de espíritu descubiertos en la naturaleza por el espectador; algo así como reflejo de fronda en los lagos azules del ensueño.

Aunque con la mayor sobriedad, con una completa simplicidad de recursos y una ausencia más completa todavía de quimeras simbolistas, me producen estos cuadros de Rusiñol el efecto profundo de la poesía. . . Es un género de pintura que, sin dejar de ser pintura, se resuelve en literatura, en espiritualidad. Es un vago lirismo a lo Sully-Proudhomme, a lo Verlaine, expresado por medio de colores y líneas. . . , como una suerte de «vanas ternuras» y de «canciones sin palabras», que cantan en el silencio mismo y en la misma desolación de las telas, en los macizos de verduras poblados de ruiseñores, en el gotear de los surtidores esquilados, en el mármol de las estatuas mutiladas.

De todo ello se desprende una resonancia, una vibración de elegía. Esto: Rusiñol es un pintor elegíaco. Es el cantor gráfico de las elegancias caídas, de las felicidades evaporadas y disueltas para siempre, que no dejan más que un vaho impalpable de recuerdos y nostalgias.

.

MIGUEL S. OLIVER.

S a n t i a g o R u s i ñ o l

SANTIAGO Rusiñol no es ni impresionista ni clásico: es «él», y no sé si es más digna de aprecio la justeza de su sentimiento o la flexibilidad de su modo de hacer, la delicadeza de sus coloraciones o la elección feliz de sus motivos en los *Jardines de España* que expone. Ya habíamos visto de él, en *Camp de Mars*, una serie de cuadros análogos, y habíamos gustado su frescura. Únicamente los escritores habían sabido penetrar hasta ahora toda la nobleza recóndita, toda la ingeniosidad refinada que hay en esas bóvedas de pámpanos y en esos muros de ciprés, en esos laberintos de arrayanes, en esas glorietas de verdor, instaladas antaño por los moros detrás de sus alhambbras, y tan deliciosamente propicias al sueño. Rusiñol ha sido el primero a quien se le ha ocurrido traducir en pintura sus graves y melancólicas elegancias, sus armoniosas y sutiles blanduras, y lo ha hecho con una piedad emocionada que es verdaderamente exquisita.

.....

THIÉBAULT-SISSON.

ÍNDICE DE LOS CUADROS

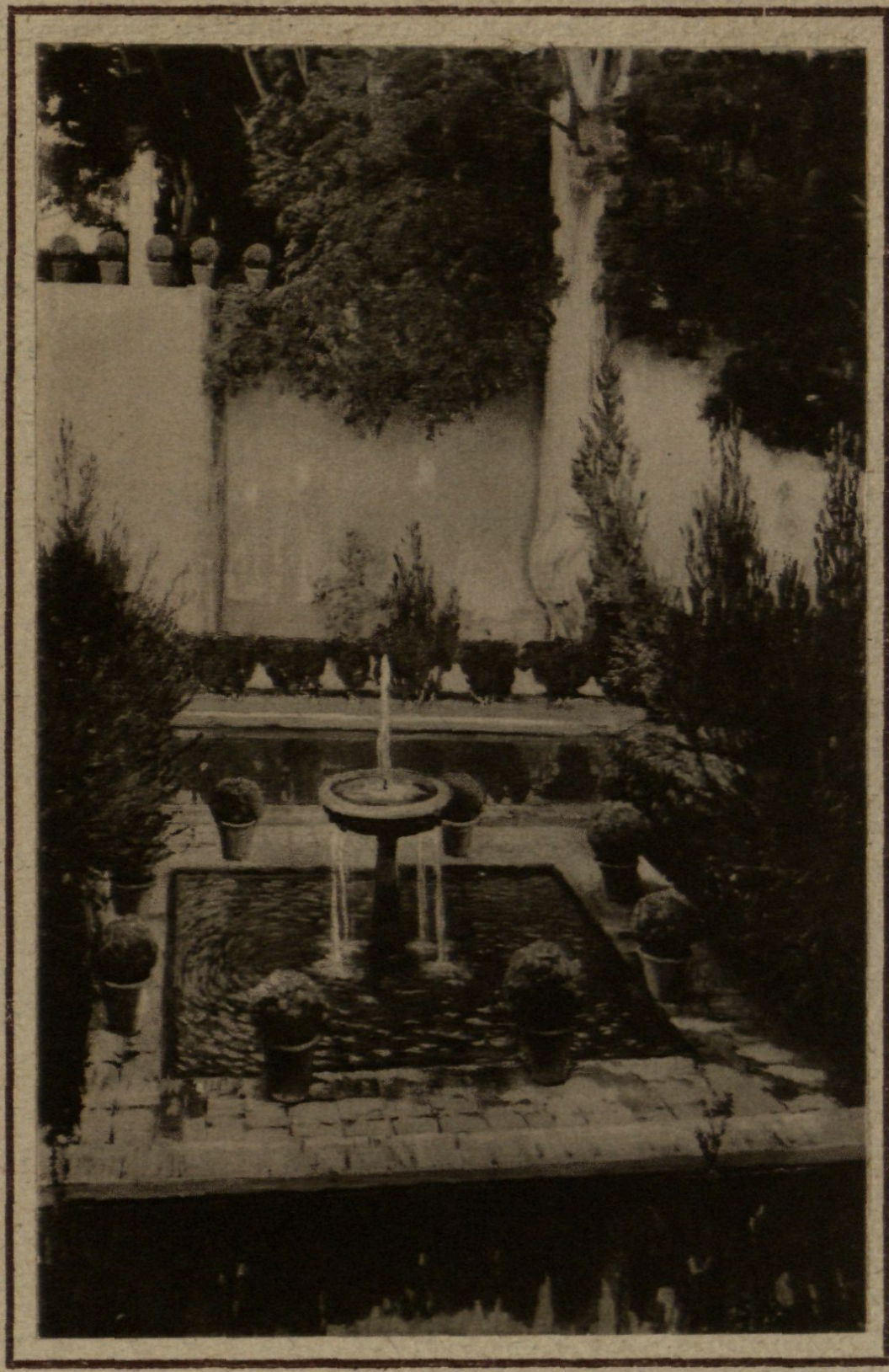
Santiago Rusiñol (Retrato)	1	La Glorieta (Aranjuez).	16
Cipreses (Aranjuez)	2	Jardín de los Reyes Católicos (Aranjuez)	17
Plátanos (Aranjuez)	3	Jardín Señorial (Mallorca).	18
Patio de la Alberca (Generalife).	4	El Laberinto (Barcelona)	19
La Acequia (Valencia)	5	Neo Clásico (Valencia).	20
Acequia de la Isla (Aranjuez)	6	«Noviembre» (Aranjuez)	21
El Tajo (Aranjuez).	7	«Jardín de Gerona»	22
Jardín de Carabineros (Mallorca).	8	Glorieta romántica (Aranjuez)	23
Claustro de George Sand (Vall- demosà)	9	El Chinesco (Aranjuez).	24
El Fauno Viejo (Aranjuez)	10	Jardín del Pirata (Mallorca).	25
Arcos de Rosas (Aranjuez)	11	Paseo de pinos	26
Otoñal (Aranjuez)	12	Generalife (Granada)	27
Jardín del Maestro de Capilla (Gerona).	13	Cuenca	28
Almendros en flor (Mallorca)	14	«Calvario» (Valencia)	29
Jardín de Mallorca.	15	Jardín del Fauno (Aranjuez).	30
		«Calvario» (Valencia)	31
		El último jardín (Montserrat)	32



CIPRESES
(ARANJUEZ)



PLATANOS
(ARANJUEZ)



PATIO DE LA ALBERCA
(GENERALIFE)



LA ACEQUIA
(VALENCIA)



ACEQUIA DE LA ISLA
(ARANJUEZ)



EL TAJO
(ARANJUEZ)



JARDÍN DE CARABINEROS
(MALLORCA)



CLAUSTRO DE GEORGE SAND
(VALLDEMOSA)



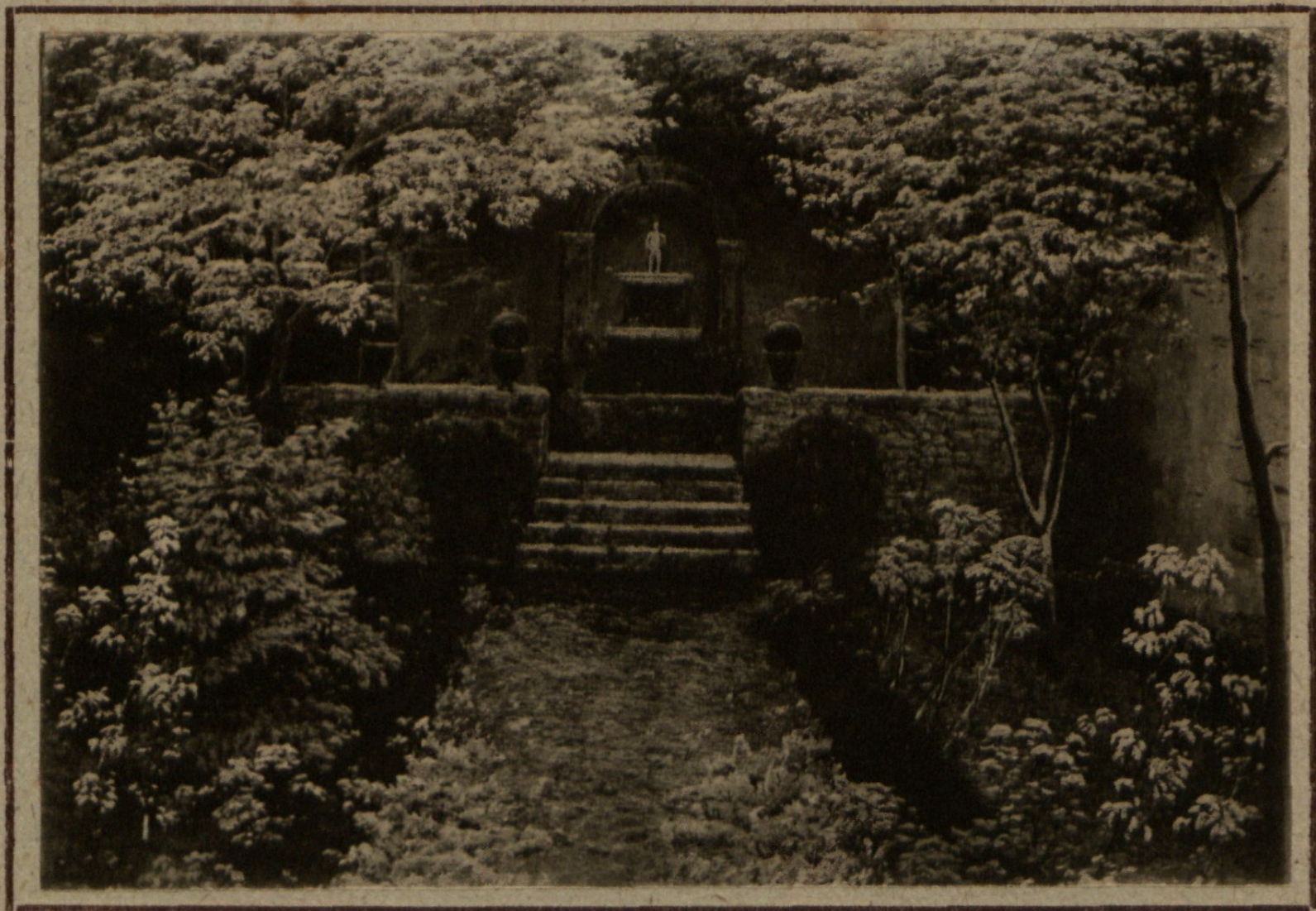
EL FAUNO VIEJO
(ARANJUEZ)



ARCOS DE ROSAS
(ARANJUEZ)



OTOÑAL
(ARANJUEZ)



JARDÍN DEL MAESTRO DE CAPILLA
(GERONA)



ALMENDROS EN FLOR
(MALLORCA)



JARDIN DE MALLORCA



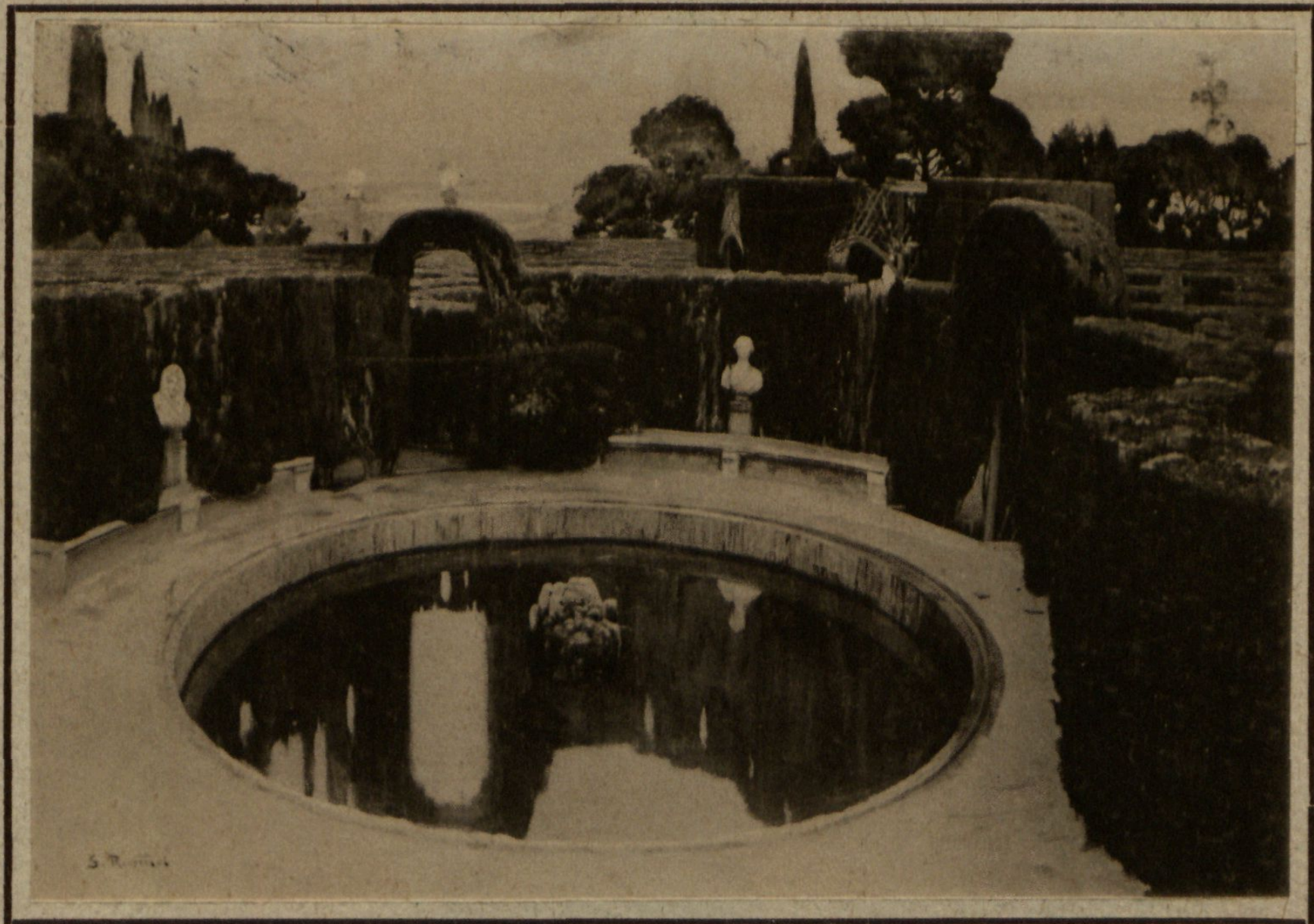
LA GLORIETA
(ARANJUEZ)



JARDIN DE LOS REYES CATÓLICOS
(ARANJUEZ)



JARDÍN SEÑORIAL
(MALLORCA)



EL LABERINTO
(BARCELONA).



NEO CLÁSICO
(VALENCIA)



«NOVIEMBRE»
(ARANJUEZ)



JARDÍN DE GERONA



GLORIETA ROMÁNTICA
(ARANJUEZ)



EL CHINESCO
(ARANJUEZ)



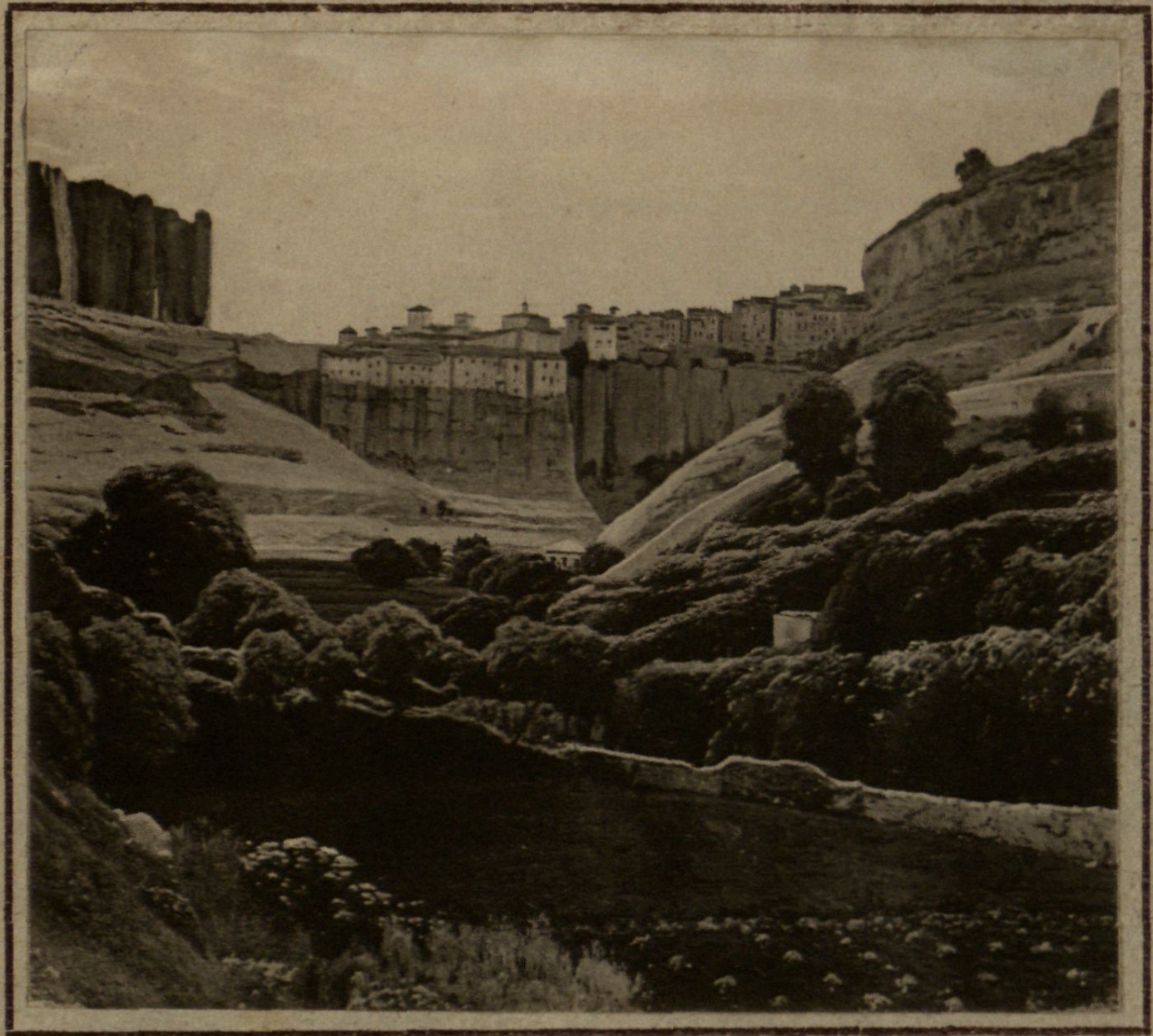
JARDIN DEL PIRATA
(MALLORCA)



PASEO DE PINOS



GENÉRALIFE
(GRANADA)



CUENCA



CALVARIO
(VALENCIA)



JARDÍN DEL FAUNO
(ARANJUEZ)



CALVARIO
(VALENCIA)



EL ÚLTIMO JARDÍN
(MONTSERRAT)



EXCLUIDO DE PRÉSTAMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE BARCELONA

BIBLIOTECA *Res. Mar.*

REG. *17.249* *048*

SIG. *75.071.1 (Rus) Rus*

